

Vigésimo quinto domingo del Tiempo Ordinario C2022

Permítanme comenzar esta homilía con una observación sobre nuestro país. Los Estados Unidos son un país de negocios y en todas partes reina el espíritu emprendedor. Todos los días nace un nuevo negocio en algún lugar; tal vez también todos los días algún negocio muere en alguna parte del país.

Un negocio es bueno cuando tiene éxito. El éxito de una empresa depende de muchos factores como la inteligencia del gerente, el dinamismo de los trabajadores, la capacidad de adaptarse al mercado y entorno cambiante, la capacidad de generar y maximizar las ganancias, etc.

Cualquiera que sea su naturaleza y estatus, una empresa, sin embargo, puede estar tan obsesionada con las ganancias y los beneficios que olvida la simple cuestión de la justicia y los derechos humanos en su gestión. Es tal situación la que denuncia el profeta Amós en la primera lectura.

De hecho, el profeta denuncia a los que se hacen pasar por religiosos y observan escrupulosamente las fiestas de precepto mientras practican la injusticia contra sus semejantes y los pobres. Para Amos, Dios nunca olvidará tal maltrato y un día rechazará a tales personas.

Pero, ¿por qué Dios haría tal cosa por las personas que no lo ofendieron directamente? Porque Dios se identifica con los pobres y los necesitados; todos son creados a su imagen. Por lo tanto, quien se preocupa por Dios, debe tener cuidado de los necesitados y los pobres. El que engaña al pobre y al necesitado, lo engaña igualmente a él. Además, debido a que Dios mismo es el creador de todas las cosas en el mundo, todas las posesiones que la gente disfruta en el mundo son sus regalos para ellos. Estas personas no son sus propios jefes, sino los administradores de sus muchos regalos para ellos. Lo que se espera de un mayordomo no es el malgastado de la riqueza de su amo, sino una buena administración.

Entonces, comprendemos todo el punto del Evangelio de hoy. De hecho, un administrador es denunciado ante su jefe por malgastar su dinero. Para poner fin a esa situación, su jefe decide despedirlo. Consciente de lo que le va a pasar, el administrador hace un arreglo financiero con los deudores de su amo.

Alivia sus deudas para que le sean favorables después de la pérdida de su trabajo. Lo que hace, en realidad, es falsear los asientos del libro de contabilidad de la empresa para que los deudores paguen menos de lo que normalmente deben. En este sentido, se muestra más generoso con el dinero de su jefe, pero por las ganancias que quiere sacar para sí mismo en el futuro.

¿Por qué Jesús cuenta esta parábola? Porque quiere enseñarnos algo sobre el reino de Dios. En primer lugar, Jesús nos invita a darnos cuenta de que vivimos en una situación de urgencia, donde estamos llamados a tomar una decisión inmediata para nuestra salvación eterna. Si el mayordomo ha renunciado a un beneficio inmediato que habría tenido sobre el dinero de las deudas de su amo para construir buenas relaciones para el futuro, ¿cuánto más haremos nosotros lo que esté a nuestro alcance en beneficio de nuestra salvación?

Esta astucia en el manejo de los negocios es un llamamiento para nosotros, que nosotros también, como cristianos, debemos ser inteligentes en el trato con las cosas de nuestra alma. Tenemos que usar todas nuestras habilidades y destrezas para tener éxito en nuestra vida espiritual como aquellos en los negocios humanos.

Si el maestro elogia a este mal administrador, no es porque aprecie su deshonestidad, sino porque en lugar de malgastar su dinero como lo hacía antes, es capaz de construir con él relaciones sólidas que le servirán más adelante. Esto es lo que nosotros también tenemos que hacer para nuestra salvación eterna con las cosas que poseemos en este mundo.

En segundo lugar, Jesús nos invita a darnos cuenta de que tenemos que vivir en solidaridad con nuestros semejantes. De hecho, Dios nos ha bendecido con muchos dones en este mundo. Algunos de nosotros estamos ricos que otros. Hay una razón para todo esto: que compartamos nuestra vida y nuestros bienes con los menos afortunados y necesitados. Por eso, tenemos que usar nuestros bienes materiales para la caridad y para construir amistades con los que no tienen nada. Cuando los ricos ayudan a los pobres en este mundo, construyen un tesoro en el cielo.

Como pueden ver, el punto de la parábola no es la condenación de las posesiones materiales o el dinero como si fuera algo malo. Lo que está en juego es la convicción de que no debemos vivir egoístamente, sino en solidaridad con nuestros semejantes, haciéndoles el bien. Esto es tan cierto que somos agradecidos con muchos amigos y benefactores que han proporcionado fondos para apoyar iglesias, escuelas, hospitales, personas necesitadas, etc. Su generosidad ha traído cambios y mejoras en las situaciones de las iglesias y del mundo. Por eso es legítimo decir que el dinero crea responsabilidad hacia los menos afortunados y necesitados.

Tercero, Jesús nos invita a dar lo mejor de nosotros mismos en cada tarea que emprendamos. La verdad detrás de todo esto es que quien es confiable o deshonesto en las cosas pequeñas también será confiable o deshonesto en las cosas grandes. La forma de cumplir con una pequeña tarea es la mejor prueba de nuestra aptitud o no para que se nos confíe una tarea mayor. Lo que es cierto aquí para los negocios humanos también es cierto para la vida eterna. Si es así, significa que lo que vamos recibir en el cielo depende en gran medida de cómo usamos las cosas de este mundo.

Por último, Jesús quiere que nos demos cuenta de que tenemos que elegir servir a su Padre y no a nuestro dinero. Al decir: “No hay criad que pueda servir a dos amos”, nos está invitando a hacer de Dios nuestro principio rector de vida cada vez que tratemos con dinero. Nos recuerda que Dios es el más exclusivo de los maestros. O estamos con él, o estamos contra él.

Permítanme concluir ahora: hay una razón por la que tenemos dones diferentes. Quizá sea para que nos apoyemos unos a otros con los dones recibidos de Dios. Cuando actuamos en solidaridad con los necesitados y los pobres, sin importar nuestra propia miseria, construimos puente y relación hacia nuestro destino eterno. ¡Que nuestra oración esté dedicada a todas las personas necesitadas y a todas aquellas cuyas vidas tocamos! Oremos, especialmente por los empresarios para que antepongan las relaciones humanas a los intereses económicos. Oremos por nuestro país para que la difícil situación financiera actual no destruya nuestras relaciones entre nosotros. Dios los bendiga a todos.

Amos 8: 4-7; 1 Timoteo 2: 1-8; Lucas 16: 1-13



Fecha de la Homilía: el 18 de Septiembre, 2022
© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20220918homilia.pdf